

Elogio a la estupidez

Dr. Omar López Mato



¿Alguna vez se preguntó qué sería de este mundo sin la estupidez? No sé si alguna vez lo pensó así, pero la historia de la humanidad es la historia de la estupidez. La historia que aprendimos es una sucesión de guerras, genocidios racistas, asesinatos, dictaduras, robos y cada tanto algún avance científico o escasos progresos

morales. ¿Podría el hombre vivir sin semejante derroche de estulticia? Lo dudo, seríamos ángeles. Pero ángeles esperando a Lucifer. Seríamos Adán y Eva en busca de la serpiente para morder la manzana. Epimeteo invitando a Pandora a abrir la caja de las desgracias.

No debemos creer que nosotros, como profesionales, estamos exentos de sufrir este percance. Es más, suele ser nuestro oficio más peligroso, porque a diferencia de lo que normalmente creemos, la estupidez no es la falta de inteligencia. Los estúpidos más peligrosos son los estúpidos inteligentes. ¿Quién más inteligente que Napoleón? Y, ¿para qué? Guerras, robos, alianzas trasnochadas, conquistas efímeras... en fin, estupidez tras estupidez, con el agravante de que cada tanto surge otro estúpido con ansias de imitarlo. Para Albert Mussil la estupidez es un sentimiento (como "Boquita", ¿vivo?).

Volviendo a nuestro vituperado oficio, invito a los lectores a engordar la lista de ilustres estúpidos que pavimentan nuestro camino hacia el Olimpo de la imbecilidad oftalmológica.

¿Cuántos productos nos vendieron que no sólo no estaban a la altura de las expectativas creadas sino que después resultaron un verdadero desastre? Son estas algunas estupideces que me vienen a la mente:

- La epiqueratoplastia miópica (¿pagué 1.700 dólares por el curso!).
- Varios modelos de lentes de cámara anterior (¿cuántas córneas perdimos con lentes promovidos por ilustres colegas!).
- Algunos modelos de cámara posterior (recuerdo uno muy blandito cuyas patitas con el tiempo se asomaban atrás de la óptica y otro que era como el camaleón cambiando de color).
- El láser de Holmio (cuyo efecto duraba lo que una libélula).
- Varios tratamientos de la presbicia (sobre alguno de ellos ya abundamos en estas páginas).

No profundizaré sobre drogas milagrosas ni productos infalibles que recomendamos convencidos a nuestros pacientes. Lo peor es que nosotros, zánganos ilusos, ponemos nuestra cara, nuestro prestigio y nuestra reputación y recibimos

también todos los cachetazos ¿recuerdan el cuentito del viscoelástico en mal estado que descompensó la córnea de por lo menos una docena de ojos? Los juicios siguen contra los médicos y el laboratorio continúa mirando para otro lado.

Hasta aquí el capítulo de las estúpidos inteligentes que compramos alegremente. De acá en más, el de estúpidos propias que hemos sabido merecer, como ser la competencia desleal, la lucha por cápitales miserables, la litigiosidad indebida (sin haber logrado efectivas respuestas después de tantos años) y la desunión entre colegas por antiguas rencillas — tipo Montesco y Capuleto — de las que nadie ya recuerda el origen (y en caso de recordarlo suele ser algo tan ridículo como la pelea por un plato de raviolos).

A estos males, propios de la especie humana, debemos agregar algunas perlas de la especialidad, como las deserciones de colegas ante conflictos tan graves como la optometría. Recuerdo cuando el año pasado sufrimos la lamentable distracción del Dr. Borocotó, quien se "olvidó" de vetar la ley 1445. Entonces un brillante y joven colega nos escribió diciendo "¿Qué hicieron?". Cómo "¿qué hicieron?" ¿Quiénes? Busqué su nombre en la lista de los que aportan para la lucha contra la optometría (no me llevó mucho tiempo porque solo somos 400, un poroto más para aportar a la lista de estúpidos) y — ¡oh sorpresa! — el joven que exigía resultados no había aportado ni un solo pesito a la causa. Bueno, no era un pecador solitario, otros 4000 lo acompañaban en su mezquina estupidez, pero al menos ellos no levantaron su dedo acusador.

No contentos con esta amenaza que puede dejar sin trabajo (sí, sin trabajo) al 50% de los colegas (la apreciación no es mía sino del CEO de una multinacional relacionada con la especialidad), otros, que al parecer no habían tomado el Prozac ese día, nos invitaban a desistir (total, un día todos nos vamos a morir ¿no?). Unos pocos ya rompieron filas y lisa y llanamente se pasaron al bando contrario, enseñando a los optometristas o en su defecto invitándolos a departir alegremente en exposiciones dentro del ámbito de la Universidad de Buenos Aires (esto en el ejército se llama traición).

Todos podrán esgrimir sutiles argumentos, delicadas elucubraciones, que justifiquen sus perspectivas. En última instancia saben (y si no espero que entiendan) que solo disfrazan su estupidez.

Después de todo, de eso se trata la historia de la humanidad, de una infinita seguidilla de ridículas sandeces que comenzaron cuando serafines inquietos, aburridos de la perfección, siguieron el ejemplo de Lucifer, un ángel de demonfaca inteligencia al servicio de la estupidez, ese lujo tan caro que nos damos los hombres... y los oftalmólogos también.